

Capítulo 8

Un capítulo central en la Biblia

([índice](#))

Daniel 8:1-2: En el año tercero del reinado del rey Belsasar, yo, Daniel, tuve una visión, después de aquella que había tenido antes. Miraba yo la visión, y en ella yo estaba en Susa, que es la capital del reino, en la provincia de Elam. En la visión, pues, me veía junto al río Ulai.

El segundo capítulo de Daniel presentó al rey pagano la historia del mundo en una forma muy simple. El capítulo séptimo revela la historia en sus aspectos espirituales. El capítulo octavo entra en mayor detalle, revelando la verdad relativa al gran juicio, de la que tenemos sólo una vislumbre en el capítulo séptimo. Aquí es donde el cielo se encuentra con la tierra. ¿Qué está sucediendo detrás del telón?

Recordemos que el libro de Daniel fue escrito para nosotros que vivimos en el tiempo del fin (Daniel 12:4 y 9-10), y que por consiguiente la profecía de este capítulo nos concierne a quienes vivimos ahora, más bien que a quienes vivieron hace miles de años. Todo el relato de la Biblia gravita sobre los eventos que presenta este capítulo.

Daniel 8:3-4: Alcé los ojos y miré, y había un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más alto que el otro, y el más alto creció después. Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni había quien

escapara de su poder. Hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía.

No fue difícil reconocer a quién representa el carnero, ya que Daniel ya había aprendido que Medo-Persia habría de conquistar Babilonia y gobernar el mundo. En el versículo 20 el ángel dice a Daniel: “En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos: estos son los reyes de Media y de Persia”. Un cuerno más alto que el otro hace referencia al predominio de los persas sobre los medos (ver comentario sobre Daniel 7:5). En el culmen de su poder, los medo-persas gobernaron sobre ciento veintisiete provincias, desde India a Etiopía: la totalidad del mundo conocido por entonces (ver Ester 1:1).

Daniel 8:5: Mientras yo consideraba esto, un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos.

¿A quién representa? La respuesta es categórica una vez más: “El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero” (versículo 21). Teniendo sólo 20 años, Alejandro Magno heredó el trono de Grecia. Obligó rápidamente a las ciudades dispersas a formar un reino, entrenó a un ejército en la disciplina militar y se lanzó a guerras de conquista. Aunque su ejército era pequeño, había enseñado a sus soldados a desplazarse de forma rápida y eficaz, a maniobrar con astucia y a luchar con determinación. Habiendo conquistado toda Macedonia, al ambicioso y joven rey no le quedaba sino atacar a la gigante Medo-Persia, el “carnero que ... tenía dos cuernos”. ¡Eso equivaldría a Cuba o Haití conquistando a todo Estados Unidos y Canadá!

Daniel 8:6-7: Vino hasta el carnero de dos cuernos que yo había visto en la ribera del río y corrió contra él con la furia de su fuerza.

Lo vi llegar junto al carnero; se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos; y el carnero no tenía fuerzas para hacerle frente. Lo derribó, por tanto, a tierra, lo pisoteó y no hubo quien librara de su poder al carnero.

Alejandro se enfrentó a los ejércitos de Persia el año 331 antes de Cristo, en la sangrienta batalla de Arbela, y los desbarató completamente. Fue milagroso que el pequeño ejército de Grecia pudiera derrotar a los enormes ejércitos persas, como leopardo que mata a un elefante exhausto. Los persas no podían luchar, simplemente perdieron la voluntad de lucha.

Daniel 8:8: El macho cabrío creció en gran manera; pero cuando estaba en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.

Apenas hubo conquistado Alejandro el mundo a la edad de 32 años, cuando “aquel gran cuerno fue quebrado”. Dominador del mundo, fue incapaz de ejercer el dominio propio. Algún relato refiere que murió en una borrachera, susurrando que transfería su recién conquistado imperio “al más fuerte”. En consecuencia, sus generales lucharon entre sí.

Exhaustos al fin, acordaron que el imperio se dividiera en cuatro partes: Lisímaco tomó el norte (Asia Menor), Casandro el oeste (Grecia), Seleuco el este (Siria) y Ptolomeo el sur (Egipto). Esos cuatro nuevos reinos corresponden a las cuatro cabezas del leopardo que describe el capítulo séptimo, versículo sexto.

Daniel 8:9: De uno de ellos salió un cuerno pequeño que creció mucho hacia el sur y el oriente, y hacia la tierra gloriosa.

El lenguaje original da la idea de que ese nuevo poder surgió a partir de uno de los cuatro vientos del cielo (puntos cardinales). Los versículos precedentes son de fácil comprensión. De la misma forma en que la raíz sustenta al árbol, la historia sustenta la verdad de lo que enseña el resto de este capítulo.

De Persia se dijo que fue “grande”, de Grecia, “muy grande”; y ahora ese poder que sobrepasó a los anteriores se califica de “extremadamente grande” (KJV; original: *yeter gadal*). Roma surgió como dominadora del mundo a partir de uno de los “cuatro vientos”: el Oeste. Roma conquistó a Macedonia, tomando así uno de los cuatro “cuernos” de Grecia. Entonces Roma siguió su destino y se enfocó en la conquista del mundo. A partir del año 168 antes de Cristo, Roma fue reconocida como el nuevo imperio mundial.

No es posible identificar a ningún rey de Macedonia con el “cuerno pequeño”, ya que ninguno de ellos fue “extremadamente grande”. El mayor entre ellos, Antíoco Epífanes, fue forzado con rudeza por los romanos a abandonar Egipto. ¿Acaso no es el más fuerte el que expulsa al más débil que él? Por consiguiente, los romanos son los representados en aquel poder “extremadamente grande”. Cada reino sucesivo fue más engrandecido que el precedente. Medo-Persia fue “grande” en poder; Grecia “muy grande”, y el cuerno de Roma “extremadamente grande”. Ese principio de la exaltación del yo o del engrandecimiento es una característica inherente a las naciones y pueblos de la tierra.

“Hacia la tierra gloriosa” sólo puede referirse a la tierra del pueblo de Dios: la de los judíos. Los romanos tomaron el control de Palestina con el consentimiento de los judíos, en el año 161 antes de Cristo.

Daniel 8:10-12: Creció hasta llegar al ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó. Aun se engrandeció frente al príncipe de los ejércitos; por él fue quitado el *sacrificio* continuo, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. A causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el *sacrificio* continuo; echó por tierra la verdad e hizo cuanto quiso, y prosperó.

El profeta vio a la poderosa Roma sometiendo al pueblo de Dios y a sus dirigentes, las “estrellas”. Los judíos repudiaron de forma final a Cristo, su verdadero y legítimo Rey, clamando en ocasión de su crucifixión: “¡No tenemos más rey que César!” (Juan 19:15). Eligieron someterse a los romanos para siempre.

El “Príncipe de los ejércitos” representa a Cristo. El ángel se refirió también a Cristo como al “Príncipe de los príncipes” (versículo 25). En Apocalipsis 19:16, a Jesús se le llama “Rey de reyes y Señor de señores”. Así, Roma pagana no sólo conquistó a los judíos y a sus líderes, sino que dio muerte al verdadero y legítimo Rey, el Señor Jesucristo.

Respecto al significado del “*sacrificio continuo*”, la palabra “sacrificio” no figura en el original hebreo [aunque sí en la LXX]. Los traductores añadieron la palabra “sacrificio” al suponer que el significado requería tal cosa. Señalaron el hecho de que esa palabra no consta en el original poniéndola en cursiva o entre paréntesis en algunas versiones. Para comprender el significado del texto hemos de leerlo en el original hebreo:

“Por él [cuerno pequeño] fue quitado el continuo, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y le fue dada una hueste [ejército] contra el continuo en transgresión, y echó por tierra la verdad”.

Es fácil ver el significado del texto al recordar que Roma tuvo dos fases diferentes. Hasta que el imperio cayó alrededor del año 476 después de Cristo —inicio de la Edad Media—, se trataba de Roma en su fase pagana (Daniel 7:8). Posteriormente volvió a emerger en su fase espiritual como una iglesia: el papado católico romano. Así, el cuerno pequeño de Daniel 8 representa las dos fases sucesivas de Roma. Roma pagana surgió de uno de los “cuatro vientos del cielo”. Roma papal surgió a partir de Roma pagana, y ambas coexistieron por un tiempo hasta que Roma papal prevaleció sobre Roma pagana, que entonces desapareció de la escena como poder político. Dios presenta al papado en la profecía como simplemente otra fase de Roma (el cuarto reino o imperio). El concepto es importante a fin de comprender la relación del mundo con Dios.

El “continuo” representa el principio de la exaltación de uno mismo, el engrandecimiento del yo propio de las antiguas naciones paganas y en realidad de toda la humanidad.

Si comparamos el texto precedente con las otras menciones del “continuo” en Daniel 11:31 y 12:11, vemos que Roma pagana (con su carácter de autoexaltación) está representada por la palabra “continuo”, y Roma papal (con el mismo carácter de autoexaltación) está representada por la expresión “la abominación desoladora” o “prevaricación asoladora” de Daniel 8:13. Ambas fases, Roma pagana y Roma papal, son poderes desoladores. La autoexaltación del paganismo se describe como algo “continuo”, pero la autoexaltación del papado se manifestó en una enemistad todavía más determinada en su lucha contra Dios: “la abominación desoladora” (Daniel 12:11).

El paganismo, si bien engañó a millones, al menos dejaba un doloroso vacío en los corazones humanos que permitía que muchos buscaran y recibieran con alegría la palabra de Dios. La

doctrina de Roma papal resultaba “desoladora” incluso para el hambre de Dios que tiene el corazón humano, proveyendo en su lugar una falsa esperanza que le hace a uno sentirse tan satisfecho como para no sentir la necesidad de la palabra de Dios.

La religión cristiana de los apóstoles era tan atractiva y gratificante para la gente de la antigua Roma, que el paganismo temblaba y se desvanecía ante ella. Satanás sabía que la única forma de mantener engañado al mundo era mediante una religión que fuese cristiana en apariencia, que hiciese profesión de cristianismo, tomando así ventaja de algunos de los conceptos del cristianismo, pero siendo en esencia lo mismo que el antiguo paganismo desde el punto de vista espiritual. Ese principio que infectó tanto al paganismo como al papado se originó en el cielo con Lucifer, y ha infectado a la humanidad desde la caída de Adán. “**Todos pecaron**” (Romanos 3:23).

El plan de Satanás consistía en apartar de la pureza y sencillez del evangelio a la temprana iglesia del Nuevo Testamento mediante la introducción de supersticiones y filosofías paganas incorporadas al evangelio. El resultado fue la gran “**apostasía**” de la que habló el apóstol Pablo en 2 Tesalonicenses 2:3-4. Al final llega a alcanzar una gravedad tal, que “**se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios**”; usurpando el lugar de Cristo. Doctrinas tomadas de la antigua Babilonia y mezcladas con la enseñanza cristiana prepararían el camino para la exaltación mundanal del obispo de Roma hasta hacerse llamar papa.

Observa lo que dice un historiador moderno respecto al paganismo que sobrevive en la iglesia que profesa ser cristiana:

“Pocos disputan que la educación literaria fue denigrada en la Edad Media. No obstante, hay otra característica de aquel período que a

veces se pasa por alto y quizá se ignora. Mientras que los protestantes tradicionalmente han sostenido la idea de una iglesia sincretizada a fin de justificar su existencia, la investigación reciente ha demostrado que el paganismo de la antigüedad tardía no murió tras el siglo cuarto, sino que se adhirió a la iglesia, remodelándola. El propósito de este capítulo es examinar las razones que están detrás de la asimilación de elementos paganos por parte de la iglesia, con la consecuente caída de Europa en el oscurantismo ... el paganismo mantuvo su carácter original [de autoexaltación], pero se lo gestionó de una nueva forma”.

Cuando declinó el Imperio romano pagano, la sede de su gobernanza se trasladó de Roma a Constantinopla. De esa forma “el lugar de su santuario”, o centro de adoración, “fue echado por tierra”. Apocalipsis 13:2 presenta esa misma transferencia: el dragón —Roma pagana— dio a la bestia —Roma papal— “su poder, trono [la ciudad de Roma] y gran autoridad”.

El ejército que le fue entregado al cuerno pequeño (papado) contra el “continuo” —la continua exaltación de Roma pagana— (Daniel 8:12) se refiere a las hordas de tribus paganas, o bárbaros del norte y centro de Europa invadiendo Italia y Roma, y despiezando el Imperio precedente de Roma pagana. Esas tribus paganas pronto aceptaron nominalmente las doctrinas del papado, y fueron persuadidas a cambiar su antigua religión pagana por la profesión nominal del catolicismo romano tal como tantas personas hacen hoy al creer que ambas religiones son básicamente similares. Cuando aquellas gentes regresaron a sus lugares de origen en Europa central, emplearon la espada a fin de establecer allí la religión de Roma papal.

Pero su fe no era la genuina “fe de Jesús”. Habían tomado la vestimenta exterior, pero su interior seguía albergando un corazón

mundano. El principio básico del paganismo ha consistido siempre en lo que en hebreo se escribe *gadaI*: un espíritu de satisfacción y exaltación del yo. Así, “a causa de la prevaricación” el cuerno pequeño —Roma papal— derrotó políticamente al paganismo en Europa: “echó por tierra” la sencilla verdad bíblica del cristianismo y pretendió usurpar el lugar de Cristo como cabeza de su iglesia. “Hizo cuanto quiso y prosperó”. Siguió con el mismo espíritu de *gadaI* —engrandecimiento o engraimiento— hasta que intentó usurpar el puesto del “Príncipe de los ejércitos”: Cristo mismo.

Así, Roma papal absorbió y tomó para sí la doctrina y espíritu del paganismo mientras que la fuerza militar que trabajaba para ella quitó el poder político al paganismo. La sencilla verdad de la fe bíblica fue echada por tierra. El “cuerno pequeño” usurpó el lugar de Cristo como Cabeza de la iglesia, y a partir de entonces “hizo cuanto quiso y prosperó”. No es de extrañar que Daniel exclamara: “Estuve enfermo algunos días ... estaba espantado a causa de la visión” (Daniel 8:27).

Llegamos a la parte de la visión de Daniel que más importancia tiene para nosotros hoy. ¿Por cuánto tiempo continuaría pisoteando la verdad de Dios ese poder desolador, y mantendría al mundo engañado? ¿Por cuánto tiempo continuará esa “prevaricación asoladora” que persigue y mata al pueblo de Dios? ¿No va a cesar nunca?

Y lo que es aun peor: en tiempos de Daniel parecía que el propio Dios de Israel hubiera sido vencido por el paganismo. A los antiguos les parecía natural suponer que la victoria de una nación en la guerra significaba que sus dioses eran supremos. Jeremías habla acerca de que Bel, el dios de Babilonia, había “tragado” o “devoró” a Israel, y “llenó su vientre” con el pueblo de Dios, como si fuera un postre (Jeremías 51:34 y 44). La pregunta que hacía el pueblo de

Dios era: “¿Hasta cuándo” triunfaría aquella “prevaricación asoladora”? Algunos, como Daniel, estaban más preocupados por el honor de Dios que por su propia seguridad. Ese cambio de paradigma en la motivación va a caracterizar cada vez más al pueblo de Dios a medida que el fin se acerca.

Daniel encuentra la respuesta al oír la conversación entre dos ángeles. Estos dirigen la atención del profeta a los servicios simbólicos del santuario hebreo, que revela el significado de la historia del mundo y hace manifiesto el plan de Dios para la salvación.

Daniel 8:13-14: Entonces oí hablar a un santo; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: “¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, la prevaricación asoladora y la entrega del santuario y el ejército para ser pisoteados?”. Y él dijo: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”.

¡Buenas nuevas! El dominio del pecado va a llegar a su fin. La verdad que fue “echada por tierra” por tanto tiempo, va a ser vindicada. Dios tiene un tiempo determinado en el que su verdad será justificada ante los ángeles y ante el mundo. Entonces en el juicio se pronunciará sentencia favorable a los justos y triunfará la causa de Dios.

Todo lo anterior está incluido en la expresión “el santuario será purificado”, que es un mensaje de sorprendentes buenas nuevas. Cuando termine ese justo juicio, Satanás y toda su “prevaricación asoladora” llegará a su final.

Antes de considerar el tiempo (“dos mil trescientas tardes y mañanas”) hemos de prestar atención al significado del santuario, y en qué consiste que sea “purificado”.

¿Qué es el santuario?

Cuando Daniel escuchó a los ángeles hablar del “[santuario](#)”, su mente fue inmediatamente al querido santuario hebreo de Jerusalén, que por aquel tiempo estaba quebrantado, desolado, “contaminado”. En él se había practicado la verdadera adoración a Dios mediante figuras y sombras, algo así como cuando los niños se entretienen con juguetes didácticos que los preparan para la vida adulta. Dirigía aquellos servicios un “[sumo sacerdote ... escogido de entre los hombres](#)” (Hebreos 5:1) que era una figura de Jesucristo, nuestro verdadero Sumo Sacerdote. Lo que hacía el sumo sacerdote en el santuario terrenal mediante ceremonias y figuras era enseñar a Israel el significado del plan de Dios de la salvación. El Hijo de Dios tendría que venir a la tierra, hacerse uno con la familia humana, vencer al pecado habiendo tomado sobre sí “[semejanza de carne de pecado](#)” (Romanos 8:3), recuperar el liderazgo de la raza humana que perdió el Adán caído, y salvar a la humanidad.

De forma evidente, aquel santuario terrenal era sólo para un tiempo limitado. La ley ceremonial de Moisés relativa a los sacrificios tuvo su final en la cruz, cuando el auténtico Cordero de Dios fue sacrificado. El santuario terrenal era una ilustración didáctica, una imagen de la obra de Jesús como Salvador del mundo, una “[sombra de los bienes venideros](#)” (Hebreos 10:1). Sus servicios, dirigidos por el sumo sacerdote terrenal y sus sacerdotes asistentes, era solamente una “[figura y sombra de las cosas celestiales](#)” (Hebreos 8:5).

Atesoras la foto de tu ser querido mientras está ausente, pero cuando finalmente regresa dejas de contemplarlo en la foto, ya que lo puedes ver cara a cara. Así, cuando Jesús —el gran Sumo Sacerdote— vino en persona y murió por nosotros, la “[figura y](#)

sombra”, la ilustración del santuario hebreo, dejó de ser necesaria. Como la sombra que termina cuando vemos a la luz el objeto que la proyectaba, así la **“sombra”** del santuario terrenal encontró su cumplimiento en la cruz. En aquella ocasión el velo del templo se rasgó de arriba hacia abajo, y el ministerio del santuario terrenal perdió su razón de ser (Mateo 27:51). Por esa razón no existe un templo o santuario terrenal como los que hubo en tiempo de Moisés o de Daniel. Tenemos algo muy superior: la realidad celestial que estaba representada en los santuarios en la tierra.

Cuando Jesús ascendió después de haber resucitado, inició su obra como Sumo Sacerdote en el **“mejor”** santuario (respecto al terrenal). Sus seguidores ya no se interesaron en el antiguo santuario de Jerusalén, sino que siguieron a Cristo por la fe cuando entró en el santuario arriba en el cielo. Podemos fácilmente entender que si Jesús —nuestro Sumo Sacerdote— **“traspasó los cielos”**, el verdadero y eterno santuario ha de estar también en el cielo (Hebreos 4:14). Nada puede alterar o anular su ministerio allí, ya que él **“permanece para siempre”**, está **“viviendo siempre para interceder”** por nosotros, y el suyo es un **“sacerdocio inmutable”** (Hebreos 7:24-25).

Así lo declara el Nuevo Testamento: **“Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos. Él es ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre”** (Hebreos 8:1-2). Nuestras mentes se dirigen al verdadero santuario en el cielo, del cual el terrenal era un modelo. **“El primer tabernáculo ... es un símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto en su conciencia al que practica ese culto ... Pero cuando Cristo apareció como Sumo Sacerdote de los bienes**

futuros a través de un mayor y más perfecto tabernáculo, no hecho con manos, es decir, no de esta creación...” (Hebreos 9:8-11, LBLA).

Por consiguiente, dado que la visión que se le dio a Daniel era para “el tiempo del fin” (Daniel 8:17 y 19), el santuario que va a ser purificado ha de ser el celestial, no el terrenal.

La purificación del santuario

Había en el santuario terrenal un servicio anual de “purificación”, que era una sombra o figura de la purificación del celestial. No se trataba de la obra de unos sirvientes limpiando el santuario de polvo, barro o sangre, como cuando se hace limpieza en una casa. Era una limpieza o purificación espiritual de los pecados del pueblo de Dios. “Según la Ley, casi todo es purificado con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fueran purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos, porque no entró Cristo en el santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:22-24).

La suciedad o contaminación es lo que hace necesaria la purificación o limpieza de una casa común. Así, el pecado, el egoísmo de Israel, hacía necesaria esa limpieza o purificación cada año. El Dios de amor quiso enseñar a los israelitas cuán terrible y autodestructivo es el pecado. De hecho, todo el servicio del santuario les enseñaba a odiar el pecado y amar la justicia.

Vieron que nada podía lavar la mancha del pecado, excepto lo simbolizado por la sangre derramada de la víctima inocente que había de morir. El pecador había de tomar en sus propias manos el

cuchillo y degollar al cordero. Cuando el cordero perdía la sangre y junto con ella la vida, el pecador recordaba que su pecado costaba la vida del verdadero Cordero de Dios. Sus ojos se llenaban de lágrimas al comprender el sufrimiento y la angustia que había traído al inocente Hijo de Dios. Entonces comenzaba a comprender qué es el pecado. Allí veía una “figura” o sombra del Calvario.

El sacerdote llevaba entonces parte de la sangre al santuario, y la asperjaba ante el velo como testimonio de que Alguien santo e inocente había muerto por el pecador. El sacerdote podía también comer parte de la carne de la ofrenda por el pecado, simbolizando que llevaba el pecado en su propio cuerpo: una “sombra” de Cristo, quien “llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Así, el registro del pecado era transferido simbólicamente del pecador al santuario. El pecador contemplaba la cruz de Cristo en el servicio del santuario y regresaba a casa con un nuevo corazón. Era realmente una persona nueva. Su pecado le había sido perdonado: le había sido quitado (Levítico 4:4-35; 10:16-18).

¿Qué sucedía con el registro de aquel pecado? Si bien el pecador era personalmente perdonado, la sangre seguía asperjada como testigo del pecado. Aquel sucio registro contaminaba ahora el santuario. En figura, simbólicamente, Dios había tomado sobre sí la culpabilidad. El pecador había sido perdonado, pero el santuario mismo no había sido purificado o limpiado de su pecado. Se requería otro servicio para limpiar el santuario de todos los pecados de Israel. El nombre de Dios había de quedar limpio de la responsabilidad de aquel mal terrible.

Por otra parte, se había de demostrar que el corazón del pecador había quedado plenamente reconciliado con Dios. No es el propósito de Dios que el pecado perdure por siempre, por lo tanto,

este capítulo es crucial para comprender la Biblia. El gran problema para Dios siempre ha tenido que ver con el pecado. Cuando nosotros, los pecadores, somos reconciliados con Dios por la sangre derramada en la cruz, compartimos también con Dios su gran deseo de que haya un final para el pecado. Nuestra motivación en este nuevo paradigma es la vindicación de Dios, no simplemente nuestra propia seguridad.

Una vez al año, en lo que se conocía como “[día de expiación](#)”, los israelitas participaban en el servicio que les enseñaba acerca de un juicio final que purifica el santuario y vindica el nombre de Dios. El sumo sacerdote tomaba un macho cabrío para el Señor, lo sacrificaba, y llevaba parte de su sangre al segundo departamento del santuario, que se conocía como el “[lugar santísimo](#)”. Allí, ante el propiciatorio —la cubierta del arca—, que representaba el trono de Dios, el sumo sacerdote asperjaba parte de la sangre como expiación final, a causa de todos los pecados de Israel que se habían ido acumulando en el santuario durante todo el año. La culpabilidad, el registro de aquellos pecados, se debía purificar o limpiar para que el santuario quedase “[purificado](#)”. Tiene que haber un final del pecado y del pecar, no simplemente un “perdón” superficial del pecado que siguiera cometiéndose indefinidamente, causando así una gran y eterna perturbación en el universo. Una vez más, este capítulo es profundo en sus implicaciones para la salvación del mundo y la preservación del universo.

El sumo sacerdote llevaba él mismo —simbólicamente— aquellos pecados cuando salía del lugar santísimo, o segundo departamento del santuario. Entonces, tras haber escogido a un segundo macho cabrío: “[Azazel](#)”, o macho cabrío por Satanás, colocaba su mano sobre la cabeza del animal, transfiriendo así la responsabilidad de todos aquellos pecados al macho cabrío expiatorio en

representación de Satanás, quien fue el originador de todo pecado jamás cometido. Un hombre fuerte llevaba entonces al macho cabrío vivo al desierto a fin de que pereciera fuera del campamento, en representación del punto final al pecado por la eternidad. ¡Gracias a Dios!

Eso equivalía a echar sus pecados “a lo profundo del mar” (Miqueas 7:19), a alejar de los adoradores sus rebeliones “cuanto está lejos el oriente del occidente” (Salmo 103:12). Así era purificado el antiguo santuario terrenal.

Pero se trataba sólo de una ilustración o modelo, de una figura.

Es obvio que “la sangre de los toros y de los machos cabríos” jamás puede quitar un solo pecado (Hebreos 10:4). Todo el servicio del día de la expiación se tenía que repetir cada año para enseñar al pueblo la obra real de la purificación del santuario celestial de los pecados del pueblo de Dios que tendría lugar al final del tiempo.

¡Cuántas veces hemos luchado y procurado vencer, para fallar vez tras vez! Y asciende al cielo diariamente el registro de más fracasos, de más pecados que contaminan el santuario del cielo. Parece triunfar Satanás, y lo mismo que Daniel, clamamos casi desesperadamente “¿Hasta cuándo?”

Pero aquí tenemos muy buenas nuevas: en los últimos días “el santuario será purificado” (Daniel 8:14). Una vez completada esa obra, Satanás habrá sido vencido para siempre, y el pecado habrá perdido su dominio en el último reducto donde se le dio la bienvenida: los corazones del pueblo de Dios. Una vez expulsado de ellos tendrá un final definitivo, ya que no hay otro lugar en el universo donde el veneno del pecado pueda hallar alojamiento.

Incluida en esa obra de *purificación* del santuario está la obra de *juicio*. En el antiguo Israel toda persona que no afligiera su alma en el día de la expiación sería “**eliminada de su pueblo**” (Levítico 23:29-30). De igual forma, al final del mundo, quienes no hayan abandonado el pecado entregándolo al Cordero de Dios y recibiendo a cambio su perdón, no podrán compartir las bendiciones de la purificación del santuario celestial. Es un pensamiento solemne.

El ángel no dice ahora a Daniel cuándo comienzan los 2.300 días, pero en el capítulo noveno regresará a explicarle precisamente esa parte de la visión. Como vimos en el capítulo precedente, en la profecía bíblica un día representa un año literal (Números 14:34; Ezequiel 4:6), tal como han comprendido los estudiosos de la Biblia desde hace siglos. Por consiguiente, la profecía está hablando de 2.300 años literales. Eso nos lleva casi hasta el final del tiempo.

Daniel 8:15-16: Aconteció que mientras yo, Daniel, consideraba la visión y procuraba comprenderla, se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: “Gabriel, enseña a este la visión”.

Tal como Daniel se esforzó en conocer el significado de lo que se le reveló, nosotros que vivimos en los últimos días queremos comprenderlo. Ten hambre y sed de comprenderlo, y el Señor te lo enseñará.

Gabriel significa en hebreo “poder de Dios”, o bien “hombre de Dios”. Es el mismo poderoso ángel que aparecería a la virgen María y a Zacarías (Lucas 1:19 y 26). El “**hombre**” que dio la orden a Gabriel de hacerle comprender la visión a Daniel, probablemente era el Arcángel Miguel, Cristo (Judas 9). En Daniel 7:13 se describe así a Cristo: “**Uno como un Hijo de hombre**”.

Daniel 8:17-19: Vino luego cerca de donde yo estaba. Y al venir, me asusté y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: “Entiende, hijo de hombre, que la visión es para el tiempo del fin”. Mientras él hablaba conmigo, caí dormido en tierra sobre mi rostro. Él me tocó y me hizo estar en pie. Y dijo: “Yo te enseñaré lo que ha de venir al fin de la ira; porque eso es para el tiempo del fin”.

La orden “entiende, hijo de hombre” es para ti que lees este libro, tanto como lo fue para Daniel. Esa orden es una promesa.

¿Qué significa la “ira”? Daniel comprendió que la cautividad de Israel en Babilonia durante setenta años era el principio de la “ira” de Dios. La infidelidad de Israel lo dejó a merced de reinos paganos crueles y malvados. Fue tan obstinado, que no hubo otra forma en que pudiera aprender. También el Israel espiritual de Dios del presente se expone con frecuencia a esa “ira”. Cuando regrese Jesucristo, único que posee derecho al trono, Dios Padre le dará la diadema y la corona, y sólo él reinará sobre su pueblo. Entonces habrá terminado su “ira” (Ezequiel 21:25-27 y 31).

Daniel 8:20-23: En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos: estos son los reyes de Media y de Persia. El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero. En cuanto al cuerno que fue quebrado y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él. Al fin del reinado de estos, cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas.

Hemos visto que el reino que sucede a Grecia es Roma pagana. La expresión “entendido en enigmas” se refiere probablemente al lenguaje de los romanos, el latín, en el que se basan los lenguajes de muchos de los países europeos actuales.

Daniel 8:24-25: Su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; causará grandes ruinas, prosperará, actuará arbitrariamente y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a muchos. Se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será quebrantado, aunque no por mano humana.

Hay algo extraño en la forma en que Roma creció hasta alcanzar la supremacía mundial. Hizo sus conquistas con una facilidad tal, que da la impresión de que le estaba ayudando algún poder más que humano.

“Será quebrantado, aunque no por mano humana”, se refiere a la destrucción final de Roma por aquella gran piedra “sin que la cortara mano alguna” que vimos en Daniel 2:34: la que pondrá fin a todos los reinos de esta tierra.

Daniel 8:26-27: La visión de las tardes y mañanas que se ha referido es verdadera; y tú guarda la visión, porque es para muchos días”. Yo, Daniel, quedé quebrantado, y estuve enfermo algunos días. Cuando me levanté, atendí los negocios del rey; pero estaba espantado a causa de la visión, y no la entendía.

“La visión de las tardes y mañanas” se refiere a los “2.300 días”. Habiendo explicado el contenido de la visión con excepción de la parte de esta profecía de tiempo, ahora el ángel abandona temporalmente a Daniel. La visión había dejado a Daniel “quebrantado”, “espantado”.

Pero a Gabriel se le había dado el mandato de hacer entender la visión a Daniel, quien se encontraba ahora desfallecido y en una situación en la que no le era posible entender más. Podemos esperar que Gabriel regrese y complete lo que no fue posible

entonces: lo relativo a los 2.300 días. Y efectivamente, Gabriel regresa en el capítulo noveno, donde encontraremos la explicación de los misteriosos 2.300 años.